Una nueva lógica para la economía

Ricardo F. Crespo

Ricardo F. Crespo es graduado en Economía y Filosofía y doctor en Filosofía. Es profesor de Filosofía de la Economía en la Universidad Austral de Buenos Aires e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de la Argentina

Introducción

Recordando las enseñanzas de su última encíclica, *Caritas in veritate,* en un reciente discurso a los asistentes a la reunión anual del Banco de Desarrollo del Consejo de Europa[1], Benedicto XVI reclamó «la novedad de introducir una lógica que hiciera de la persona humana, y especialmente de las familias y de quienes pasan por situaciones de grave necesidad, el centro y el objetivo de la economía»[2]. Pienso que el uso de la palabra "lógica" tiene un sentido muy sugestivo. Lógica (*logos* en griego, *ratio* en latín, de donde proviene "razón") es la racionalidad, orden o lógica de una realidad natural o artificial, de una acción, de una disciplina. La idea central que mostraré aquí es que la economía actual posee una racionalidad —que es técnica o instrumental— y requiere una nueva —que es la racionalidad teórica y práctica— para hacer del hombre su centro.

Una de las líneas en que viene insistiendo Benedicto XVI en sus discursos y mensajes es, precisamente, la necesidad de una recuperación de la razón teórica y la razón práctica, especialmente en el ámbito científico. En un discurso a los participantes en la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma, del 5 de junio de 2006, señalaba dos líneas de fondo de la cultura actual, una de las cuales es el agnosticismo «que brota de la reducción de la inteligencia humana a simple razón calculadora y funcional». Se refiere también a la necesidad de «ensanchar el horizonte de nuestra racionalidad» para «liberar a la razón de los límites demasiado estrechos dentro de los cuales queda confinada cuando se considera racional sólo lo que puede ser objeto de experimento y cálculo». En el discurso al mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona del 12 de septiembre de 2006 denuncia «la autolimitación moderna de la razón, clásicamente expresada en las críticas de Kant». En este contexto, agrega, las interrogantes humanas más profundas quedarían al margen de la razón, creándose una situación peligrosa para la humanidad. En otro discurso, esta vez a los participantes en un congreso sobre el tema «Confianza en la razón», con motivo del X aniversario de la encíclica *Fides et ratio,* el 16 de octubre de 2008, señala el contrapunto positivo de «la fuerza de la razón y su capacidad de alcanzar la verdad»[3]. El Papa señala que la tecnología ha marginado a la razón; es decir, lo que se observa, en concordancia con las tendencias filosóficas modernas, es un descreimiento de la capacidad de la razón para alcanzar la verdad en el ámbito de lo teórico y también para descubrir la verdad práctica. La razón teórica y práctica son dejadas de lado. Los únicos conocimientos fiables pasan a ser los que provienen de lo experimentable y constatable. La razón sólo actúa en el ámbito de los medios técnicos, no de los fines humanos, que son cuestión de sentimientos privados o consensos públicos. Sólo una recuperación de la razón teórica y práctica, sostiene el Pontífice, nos brindará la base para una reflexión sobre el hombre y su fin y para una acción plenamente humana.

En este trabajo trataré de mostrar que la recuperación del uso teórico y práctico de la razón en la economía es también la vía más adecuada para concretar las enseñanzas de la reciente *Caritas in veritate.* Me concentraré en los capítulos tercero y sexto de la encíclica, que son los que más se ocupan de los temas económicos. Primero explicaré brevemente qué son la razón teórica y la

[1] 12 de junio de 2010.
[2] *L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 20 de junio de 2010, p. 5.
[3] Las citas de estos discursos fueron tomadas de los lugares respectivos en la página web del Vaticano: www.vatican.va.

práctica. La referencia a estos dos usos de la razón implica también la explicación de un tercer uso de ésta, Luego recogeré las enseñanzas de la encíclica y, finalmente, mostraré cómo la consideración de la economía como ciencia práctica es la solución que pide el documento desde el punto de vista de su estatuto epistemológico.

Razón teórica y razón práctica

Aristóteles distingue tres usos diferentes de la razón: teórica, práctica y poiética (o técnica), que originan tres tipos de ciencias. Esta distinción corresponde a sus diferentes objetos de estudio[4]:

1. La ciencia teórica trata de las cosas que no son producibles o modificables, que sólo pueden contemplarse. Según Aristóteles, éstas son la metafísica, la física y las matemáticas.

2. La ciencia práctica trata de aquellos objetos que se originan en decisiones o elecciones humanas; tienen un fin práctico[5].

3. La ciencia técnica se ocupa de los artefactos y de las reglas para su producción.

El uso teórico de la razón hace posible el conocimiento de esencias y causas que se encuentran tras lo que se puede observar empíricamente. Siguiendo los pasos de sus antecesores, Aristóteles afirma: «Es, pues, evidente que se busca la causa; y esta es […] la esencia, que en algunas cosas es la causa final […] y en otras el primer motor»[6]. Distingue cuatro causas reales (eficiente, formal, material y final)[7], que originan diferentes tipos de explicación; se trata de «una doctrina de cuatro porqués»[8] que responde a las siguientes preguntas: quién lo ha hecho, por qué esta cosa y no otra, de qué está hecho y con qué fin se ha hecho. El camino hacia esas causas es el conocimiento teórico.

El uso práctico de la razón, por otra parte, se centra en la elección de fines de las acciones humanas y en el mejor modo de alcanzarlos en orden a la perfección del agente. Es la fuente de la moralidad y el modo de conocer el bien y el mal morales. La razón práctica es la razón humana misma en la tarea de dirigir a las personas para que vivan de acuerdo con lo que son; intenta responder a la pregunta «¿cómo debo vivir?». La filosofía o ciencia práctica es una reflexión sobre el razonamiento práctico, su proceso y sus fines. Esta investigación sobre cómo actuar surge de una experiencia práctica: la experiencia de buscar un fin cuando actuamos. El ser racional se pregunta naturalmente por qué debería buscar uno u otro fin y cuáles son los medios para obtenerlo. Esta pregunta, así como su respuesta, está presente en toda acción, al menos tácitamente. La experiencia del fin de una acción —un fin que puede ser malo o bueno en sí mismo o para nosotros— es el punto inicial del razonamiento práctico. La razón práctica se aplica al ámbito de aquello que es factible o posible que los seres humanos realicen. La verdad práctica es la coincidencia entre la acción final ejecutada y la acción y el fin que desea la buena voluntad (el fin y la acción apropiados a la naturaleza humana en la situación específica considerada).

La ciencia práctica es una reflexión normativa acerca de los fines correctos de las acciones humanas. Una condición posible para esta reflexión es que podamos conocer lo que es bueno para el ser humano. Esto supone la oposición al agnosticismo ético o escepticismo. Aristóteles y los defensores de la ciencia práctica sostienen que es posible una investigación racional sobre los valores; es una ciencia esencialmente moral o evaluativa.

---

[4] Aristóteles, *Metafísica,* VI, 1, 1025b 20-21 y XI, 7, 1063b 36-1064a.
[5] Allí mismo, VII, 1, 993b 21-22; véase también *Ética nicomaquea,* I, 2, 1095a 6 y II, 2, 1103b 27-28.
[6] Allí mismo, VII, 17 1041a 27-30; véase también 1041b 10ss.
[7] Allí mismo, I, 3-10; *Física,* II, 3.
[8] John L. Ackrill, *Aristotle the Philosopher*, Clarendon Press, Oxford, 1981, p. 36.

Finalmente, al uso técnico de la razón compete el estudio de la adecuación de los medios de que disponemos a los fines sugeridos por la razón práctica. Dado el fin o los fines, trata de determinar cuáles son los medios apropiados para alcanzarlo/s. La dimensión técnica considera, planea y obtiene un resultado. Para la racionalidad técnica los medios y fines vienen dados, no son elegidos y la pregunta es cuáles son los medios para alcanzar los fines: por eso se la ha llamado racionalidad instrumental. La racionalidad técnica mira los medios en cuanto medios.

La racionalidad técnica puede no contentarse con averiguar cuáles son los medios sino también tratar de sacarles el mayor provecho posible. El mayor aprovechamiento de los medios disponibles conduciría a la consecución de la mayor satisfacción de fines posible. Es la operación que en economía se denomina maximización.

Las ciencias humanas suelen tener un aspecto práctico y otro técnico. El derecho, por ejemplo, busca la justicia como fin: se trata de una cuestión práctica. Pero su misma determinación y el modo concreto de exigirla siguen un proceso técnico. La política tiene como fin el bien común, pero también acude a un sinnúmero de técnicas para alcanzarlo. La sociología trata de hecho con fines sociales; pero también se sirve de una serie de procesos técnicos, como estadísticas y encuestas para su trabajo. La economía al, por ejemplo, proponer un índice de desarrollo, fija fines del desarrollo. Pero la construcción del índice mismo y su cálculo también resultan de una aplicación de la razón técnica. De igual modo la empresa se plantea fines que se consiguen técnicamente. Por eso, el olvido del fin y de la razón práctica conduce a una ciencia incompleta. En este trabajo se desarrollará esta idea para el caso de la economía.

La Caritas in veritate *y la economía*

El proceso que ha seguido la economía en los últimos siglos es descrito en el n. 34 de la encíclica como parte de las *gnosis* de nuestro tiempo, que llevan a «confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social». Por detrás de este proceso hay un afán crispado de autonomía e ilimitación que se traslada a los medios económicos.

Hace casi sesenta años, Eric Voegelin publicó su lúcido ensayo sobre el gnosticismo como teología civil de la sociedad occidental. El Diccionario de la Real Academia Española define al gnosticismo como «Doctrina filosófica y religiosa […], pretendía tener un conocimiento intuitivo y misterioso de las cosas divinas». Las corrientes gnósticas ofrecían la posibilidad de la salvación mediante un conocimiento —la *gnosis*— que brindaba una seguridad mayor a la de la fe. En tiempos recientes se ha aplicado el calificativo de "gnósticas" a corrientes de pensamiento que prometen a esta sociedad la salvación en la tierra mediante el sometimiento a un proyecto secular que va tomando diversas formas. De este modo lo usa Voegelin: «por último, con el prodigioso avance de la ciencia a partir del siglo XVII, el nuevo instrumento de conocimiento había de convertirse, nos inclinamos a decir que inevitablemente, en el vehículo simbólico de la verdad gnóstica […] El cientifi[ci]smo ha permanecido hasta hoy como uno de los movimientos gnósticos más pujantes dentro de la sociedad occidental y el orgullo inmanentista de la ciencia es tan fuerte que incluso las ciencias especializadas nos han dejado cada una un sedimento específico en sus diversas versiones de la salvación por medio de la Física, la Economía, la Sociología, la Biología y la Psicología»[9].

En efecto, la sociedad capitalista ha propugnado la salvación mediante la economía de mercado (en parte por eso son tan trágicas las crisis económicas). Decía el economista, escritor, periodista

[9] Eric Voegelin, *Nueva ciencia de la política*, Rialp, Madrid, 1968, p. 199. (*The New Science of Politics: an Introduction*, The University of Chicago Press, Chicago, 1952). La traducción que consta en el texto es "cientifismo".

y político francés Bernard Maris: «Dieu existe, c'est le marché»[10]. La encíclica *Caritas in veritate,* en cambio, sostiene que la economía no puede resolver todos los problemas sociales[11]. Aún así, puede hacer mucho, pero se trata de una economía con otra lógica.

¿Qué debería incluir esta lógica? Lo señala especialmente el capítulo tercero de la encíclica: considerar al «hombre como centro de la economía» es una vieja enseñanza de la doctrina social de la Iglesia reiterada por Benedicto XVI en la primera cita suya consignada en este documento[12]. ¿En qué se concreta? *Caritas in veritate* plantea la necesidad de insertar la caridad, por medio de acciones como el don, la amistad y la reciprocidad. También señala que el mercado no funciona bien si no hay «formas internas de solidaridad y confianza recíproca»[13]. Sin la gratuidad, sostiene, no hay ni siquiera justicia[14]. La actividad económica debe estar orientada al bien común[15], y estas acciones deben formar parte de la economía, no de algo separado: «es una exigencia de la razón económica misma»[16].

El proceso al que se opone esta nueva lógica está descrito en el capitulo sexto de la encíclica al referirse a la técnica. Así dice el Papa: «El desarrollo tecnológico puede alentar la idea de la autosuficiencia de la técnica, cuando el hombre se pregunta sólo por el *cómo,* en vez de considerar los *porqués* que lo impulsan a actuar. Por eso, la técnica tiene un rostro ambiguo. Nacida de la creatividad humana como instrumento de la libertad de la persona, puede entenderse como elemento de una libertad absoluta, que desea prescindir de los límites inherentes a las cosas. El proceso de globalización podría sustituir las ideologías por la técnica, transformándose ella misma en un poder ideológico, que expondría a la humanidad al riesgo de encontrarse encerrada dentro de un *a priori* del cual no podría salir para encontrar el ser y la verdad. En ese caso, cada uno de nosotros conocería, evaluaría y decidiría los aspectos de su vida desde un horizonte cultural tecnocrático, al que perteneceríamos estructuralmente, sin poder encontrar jamás un sentido que no sea producido por nosotros mismos. Esta visión refuerza mucho hoy la mentalidad tecnicista, que hace coincidir la verdad con lo factible»[17].

Es decir, la técnica no es en sí mismo un instrumento negativo, en la medida en que conserve su papel de instrumento y no se convierta en un fin o en un instrumento de un fin equivocado. La mayor parte de las veces la equivocación en el fin no proviene del fin en sí mismo, si no de su absolutización. En el ámbito de lo práctico es necesaria una armonización de fines, no una reducción de todos los fines a uno solo. Por eso, continúa Benedicto XVI:

«Pero cuando el único criterio de verdad es la eficiencia y la utilidad, se niega automáticamente el desarrollo. En efecto, el verdadero desarrollo no consiste principalmente en hacer. La clave del desarrollo está en una inteligencia capaz de entender la técnica y de captar el significado plenamente humano del quehacer del hombre, según el horizonte de sentido de la persona considerada en la globalidad de su ser. Incluso cuando el hombre opera a través de un satélite o de un impulso electrónico a distancia, su actuar permanece siempre humano, expresión de una libertad responsable. La técnica atrae fuertemente al hombre, porque lo rescata de las limitaciones físicas y le amplía el horizonte. Pero *la libertad humana es ella misma sólo cuando responde a esta atracción de la técnica con decisiones que son fruto de la responsabilidad moral*. De ahí la necesidad apremiante de una formación para un uso ético y responsable de la técnica. Conscientes de esta atracción de la técnica sobre el ser humano, se debe recuperar el

---

[10] *Le Monde*, 18 de junio de 1991.
[11] Véase los nn. 36 y 71.
[12] «El hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social», señala la Constitución pastoral *Gaudium et spes,* en su n. 63, tal como se cita en el n. 10 de la *Caritas in veritate*.
[13] Benedicto XVI, *Caritas in veritate,* 35.
[14] Véase allí mismo, 38.
[15] Véase allí mismo, 36.
[16] Lug. cit.
[17] N. 71.

verdadero sentido de la libertad, que no consiste en la seducción de una autonomía total, sino en la respuesta a la llamada del ser, comenzando por nuestro propio ser»[18].

La crispación del afán de libertad se transforma en un proyecto *liberacionista* que rebasa los límites de la naturaleza de la realidad y su fin. Esto se logra a través de la técnica, capaz de oponerse a la misma naturaleza y a su recto orden. Pero al mismo tiempo, el hombre queda encerrado en los límites de la técnica. En efecto, más adelante agrega el Papa: «El absolutismo de la técnica tiende a producir una incapacidad de percibir todo aquello que no se explica con la pura materia. Sin embargo, todos los hombres tienen experiencia de tantos aspectos inmateriales y espirituales de su vida. Conocer no es sólo un acto material, porque lo conocido esconde siempre algo que va más allá del dato empírico. Todo conocimiento, hasta el más simple, es siempre un pequeño prodigio, porque nunca se explica completamente con los elementos materiales que empleamos»[19].

Es decir, la limitación a lo técnico anula el conocimiento teórico que, ciertamente, es «un pequeño prodigio». Es el prodigio al que se refiere Jorge L. Borges en su cuento «Funes, el memorioso». Funes podía memorizar todos los datos: «Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos»[20]. El hombre técnico tiene finalmente un universo muy acotado, superficial y efímero. No ve más allá de sí mismo.

La economía como ciencia práctica

Para Aristóteles, la economía era una ciencia práctica. Así lo fue durante siglos. Sin embargo, en el siglo XIX se transformó en una técnica, una reducción que él mismo había previsto.

Aristóteles decía que la *económica (oikonomiké)* se ocupa del uso «de los recursos necesarios para la vida y útiles para la comunidad civil y doméstica». El modo en que la economía combina los recursos para satisfacer las necesidades es propiamente humano. En el reino animal no hay economía. El problema económico no es el problema animal, que es un problema de subsistencia. ¿Qué hace que la satisfacción de las necesidades dé lugar a la economía en el ámbito humano y no dé lugar a ésta en el animal? ¿Cuál es la diferencia entre uno y otro ámbito?: la libertad humana. Mientras el actuar del hombre es libre, el del animal es instintivo. ¿Cuál es la característica del actuar económico que hace que éste sea libre?: el hecho de que la necesidad económica, al ser humana, no es unívoca, no está completamente determinada. Si lo estuviera, no existiría el problema económico, pues no habría posibilidad de combinación, reemplazo, sustitución, adelanto o retraso, actividades todas éstas libres con las que cuenta la economía. En esta relativa ausencia de especificación de las necesidades radica la libertad de ésta. Se trata de una característica esencial a ella, ya que sin indeterminación y, por tanto, sin libertad, no existe[21]. En economía "necesidad" es un término relativo. La indeterminación de la necesidad económica se da tanto en el caso de los bienes básicos para la vida como en el de los superfluos. Es verdad que debo alimentarme para vivir, pero puedo hacerlo con una u otra dieta: la gastronomía depende de esta característica de la condición humana, la libertad para satisfacer las necesidades básicas de un modo u otro.

No obstante, el problema económico no acaba allí: en el ámbito de las necesidades superfluas el papel de la libertad es evidente: son las primeras de las que se prescinde cuando hay que ajustar

[18] Allí mismo, 71.
[19] Allí mismo, 77.
[20] Jorge Luis Borges, *Ficciones,* Oveja Negra, Bogotá, 1984, pp. 101-111.
[21] Véase Antonio Millán Puelles, *Economía y libertad,* Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 1974, pp. 17-21 y 95-107.

el presupuesto. De acuerdo con esto, Aristóteles usa el término *chreia,* que significa 'necesidad', pero en el sentido de "lo útil", y no *anagké,* que nos habla de una necesidad estricta, para referirse a las necesidades que satisface su *económica.* También en francés hay dos términos distintos: *nécessité,* que expresa la 'necesidad física', el necesario encadenamiento entre la causa y sus efectos, y *besoin,* que indica la 'necesidad humana'. Dice Antonio Millán Puelles: «En esta misma necesidad de medios materiales se revela el espíritu del hombre, precisamente como lo que hace que una tal exigencia, lejos de estar adscrita a un único linaje o repertorio de cosas materiales necesarias para la vida humana, se halle, por el contrario, esencialmente abierta a la indefinida posibilidad de todas ellas»[22]. De este modo, podemos concluir que la economía es necesaria en cuanto a su ejercicio, pero no lo es en cuanto a su especificación. Y es justamente debido a esto último —la indefinición en la especificación— que la economía existe y puede ejercerse.

Si de suyo la economía es un acto humano libre, estamos frente a una forma de *praxis,* acto inmanente que acaba en el sujeto, o actividad moral; así lo ve también Aristóteles. El acto económico es distinto a la ejecución de la decisión que surge de él. Lo que es más propiamente económico es la determinación de que me conviene vender o comprar algo —un acto interno del sujeto—, no el hecho de la venta o la compra. La adquisición, para Aristóteles, es el acto propio de la que denomina "crematística": ésta no es intrínsecamente mala (a pesar de la posible resonancia peyorativa del término) cuando es un arte o técnica que está al servicio de la económica; pero no es la económica[23].

Puesto que la económica, entonces, es una *praxis,* su hábito es la virtud llamada "prudencia económica", de la que habla Aristóteles en la *Ética nicomaquea*[24], y el saber acerca de ésta es ciencia práctica, subordinada a la principal y más arquitectónica de las ciencias prácticas: la política, ciencia del bien común del hombre[25]. Aristóteles señala que el fin de la economía es el *eu zen,* la vida buena del hombre que se da en la *polis;* por lo mismo, está subordinada a la ciencia directiva de la comunidad civil, la política[26].

Son muchos los autores que sostienen la inmersión de lo económico en los criterios políticos aristotélicos. La economía aristotélica, dice Karl Polanyi, por ejemplo, está inmersa en la sociedad. La influencia aristotélica se hizo sentir durante siglos[27]. Incluso Adam Smith estudió la economía como una parte de la política[28]. Recién para Nassau W. Senior y John Stuart Mill, la economía se emancipa de la política y la moral. Esta separación responde a la desvinculación entre la economía y la búsqueda de lo necesario para la vida buena. Un "principio de necesidad" es reemplazado por el "principio de maximización", que también —aunque con otros términos— conocía Aristóteles. Se produce, como señala Polanyi, una escisión entre un principio de uso y uno de ganancia, que ocasiona una ruptura entre los móviles económicos y los fines sociales[29]. «Aristóteles —dice Polanyi— intuyó en el germen [de la economía] el espécimen completamente desarrollado»[30]. Y continúa: «La famosa distinción que observa en el capítulo introductorio de *La política* entre la economía propiamente dicha y la adquisición de dinero o crematística es probablemente la indicación más profética que se haya hecho nunca en el campo

---

[22] Allí mismo, p. 105.
[23] Véase *Política* I, 8, 1256b 25ss.
[24] VI, 8, 1141b 31.
[25] Véase *Ética nicomaquea,* I, 2.
[26] Véase *Política,* I, 8, 1256b 30-3 y I, 9, 1257b 40-1, 1258a 1.
[27] Véase Karl Polanyi, «Aristotle Discovers Economy», en G. Dalton, *Primitive, Archaic and Modern Economics,* Boston, 1971, pp. 67ss.
[28] Véase Karl Polanyi, *La riqueza de las naciones*, introducción al libro IV.
[29] Véase Karl Polanyi, *La grande transformation,* Gallimard, París, 1983, (*The Great Transformation,* Nueva York, 1944, trad. C. Malamoud y M. Angeno), p. 85.
[30] Karl Polanyi, «Aristotle Discovers Economy», ob. cit., pp. 67-68.

de las ciencias sociales»[31]. En efecto, el tratamiento aristotélico de la crematística nos ofrece la clave de esta cuestión. La crematística es *techné.* Aristóteles distingue dos clases de crematística, la adquisitiva, subordinada a la *económica,* dirigida por ella al fin de la vida buena[32], y la crematística comercial, que es rechazada por el Estagirita[33].

Aristóteles afirma que la *techné* tiene un número limitado de instrumentos o medios[34]; en cambio, es ilimitada respecto a su fin: «se proponen conseguirlo en el más alto grado posible»[35]. Cuando el fin, en vez de ser la vida buena de la persona y de la *polis,* es el dinero y los recursos, surge este arte crematístico "censurado"[36], que se hace autónomo y deja al margen a la *económica,* se sale de su égida. La crematística subordinada es natural, limitada y necesaria. La otra, en cambio, es fruto de cierta experiencia y técnica, ilimitada e innecesaria[37]. En la primera se persigue, por medio de los recursos o riquezas (no sólo el dinero), un fin exterior; en la segunda, en cambio, sólo se busca el aumento de esos instrumentos[38]. Como ambas usan el mismo medio (el dinero), advierte Aristóteles, es muy fácil confundirse: es el problema de la elevación de los medios a fines. La búsqueda de lo necesario queda superada por el principio de maximización. Sin embargo, sigue el Filósofo, los bienes externos tienen un límite, como todo instrumento, y «todas las cosas son de tal índole que su exceso perjudica necesariamente»[39].

¿Cuál es la causa de esta confusión? La ilimitación del apetito, responde Aristóteles. Para él era casi una enfermedad del alma. Es algo parecido a lo que decía Keynes del amor al dinero, esa «morbosidad repugnante, una de esas propensiones semidelictivas, semipatológicas, que se ponen, encogiendo los hombros, en manos de los especialistas en enfermedades mentales»[40]. Para Tomás de Aquino el origen de este error es la concupiscencia, que tiende al infinito, mientras que la virtud busca sólo lo necesario[41]. La insubordinación de la crematística respecto a la *económica* responde a la del apetito respecto a la razón. Los que buscan sólo vivir —no vivir bien— se dejan guiar por el deseo de los placeres corporales, que parecen depender de la posesión de bienes y se dedican por completo a los negocios[42]. Se confunde la búsqueda de la mayor felicidad con la de las mayores riquezas. Sin embargo, lo material debe tener un límite, «y es evidente que la riqueza no es el bien que buscamos, pues sólo es útil para otras cosas»[43]. Por ello, la acción económica exige, además de la propia prudencia económica, el concurso de las otras virtudes, especialmente la templanza, la liberalidad y otras de las que habla en los libros sexto y séptimo de la *Ética nicomaquea.* Además, puesto que el acto económico es acto social, debe estar informado por la justicia general.

La teoría neoclásica, en cambio, transforma a la economía en una técnica que, sin buscarla, da cabida a la tentativa de alcanzar el máximo posible de inmoderación de los individuos que concurren al mercado. No la fomenta, pero tampoco la condena. Sencillamente, no es tema de la economía. El mismo instrumento, el mercado, que es una herramienta útil para la coordinación de los intereses individuales que se ajustan a la necesidad, sirve para sacar el máximo provecho a los recursos como un fin en sí mismo. La llamada "revolución marginalista" aplica el cálculo infinitesimal a la teoría económica con el fin de alcanzar la situación óptima de maximización.

---

[31] Karl Polanyi, *La grande transformation,* ob. cit., p. 84.
[32] Véase Artistóteles, *Política,* I, 8, in fine.
[33] Véase allí mismo, I, 9.
[34] Véase allí mismo, I, 8, 1256b 34-7.
[35] Véase allí mismo, I, 9, 1257b 26-7.
[36] Véase allí mismo, I, 10, 1258b 1.
[37] Véase allí mismo, I, 9, 1257a 4-5.
[38] Véase allí mismo, I, 9, 1257 b 36-8.
[39] Allí mismo, IV, 1, 1323b 7-10.
[40] John Maynard Keynes, *Ensayos de persuasión,* Barcelona, 1988 (la edición original, por MacMillan, es de 1972), p. 331.
[41] Aristóteles, *Política,* VIII, 126.
[42] Véase allí mismo, I, 9, in fine.
[43] Lug. cit.

La conducta dispensativa es reemplazada por una conducta maximizadora. La ciencia económica brinda un estatuto científico y herramientas técnicas a este reemplazo. William S. Jevons en Inglaterra, Léon Walras en Suiza y Carl Menger en Austria fundan el marginalismo. Según esta doctrina, cada persona tiene su escala de preferencias subjetivas, las cuales son datos de la economía. Vilfredo Pareto, sucesor de Walras, grafica las curvas de indiferencia, en las que las diversas combinaciones de cantidades de dos bienes producen la misma satisfacción individual. La concavidad de la misma curva expresa el principio económico de la utilidad marginal decreciente. La tangencia entre dicha curva y la del presupuesto del individuo determina la combinación óptima de cantidades de ambos bienes que debe consumir, teniendo en cuenta los precios y sus ingresos, para maximizar la utilidad. La agregación de combinaciones individuales da lugar a la demanda del mercado. Del equilibrio del consumidor se pasa al análisis del equilibrio del productor en función del anterior: se fabricarán los bienes en las cantidades que arrojen la mayor ganancia posible según la demanda y los costos. La microeconomía se ocupa de desarrollar todo un instrumental para determinar los puntos óptimos de equilibrio. De este modo sencillo, que se va sofisticando con el avance de la teoría económica, se consigue una determinación exacta de la combinación óptima de medios para alcanzar los fines. Dada la escala de preferencias y dados también los datos de los recursos, la ciencia económica deduce las cantidades precisas de *x,* de *y,* y de cualquier otra variable, que se deben comprar, vender, producir, etcétera, para que la conducta sea verdaderamente económica (maximizadora). El ejemplo es muy simple, pero suficiente para entender que, basada en el principio de maximización, la economía deja de ser un saber prudencial acerca de una *praxis* (una ciencia práctica), y se convierte en un saber técnico acerca de una *poiesis.*

La metodología moderna de las ciencias sociales, cuya principal máxima es la neutralidad respecto a los valores o "avaloratividad", es un molde perfecto para esta concepción de la economía. Lo que no se está advirtiendo es que el mismo principio del que se parte supone un juicio de valor que se admite sin más. Si la economía no incluye la valoración de esos principios, descarta su aspecto prudencial, que debe informar la técnica posterior. No hacemos economía por sí misma sino por practicarla. Por eso el aspecto prudencial es el que manda; si no se considera, se transforma en una ética utilitarista.

La crítica aristotélica a la crematística "censurada" se repite en la crítica de la encíclica a la tecnología sin límites. El pedido de la *Caritas in veritate,* entonces, se podrá realizar cuando la economía como técnica reconozca y quede subordinada a su carácter práctico, pues «cuando predomina la absolutización de la técnica se produce una confusión entre los fines y los medios»[44], y siendo los medios tomados como fin infinito, se busca una infinitud que no es acorde a la naturaleza limitada del hombre y de su libertad. Por otra parte, esta extralimitación es contagiosa. También lo previó Aristóteles: «así ha surgido la segunda forma de crematística, pues al perseguir el placer en exceso, procuran también lo que puede proporcionarles ese placer excesivo, y si no pueden procurárselo por medio de la crematística, lo intentan por otro medio, usando todas sus facultades de un modo antinatural; lo propio de la valentía no es producir dinero, sino confianza, ni tampoco es lo propio de la estrategia ni de la medicina, cuyos fines respectivos son la victoria y la salud. No obstante, algunos convierten en crematísticas todas las facultades, como si el producir dinero fuese el fin de todas ellas y todo tuviera que encaminarse a ese fin»[45].

Se trata de un relato que parece sumamente actual. Hoy tenemos una economía de la salud, de la política, de la familia, del delito, del derecho, del "capital" humano, de la educación y hasta de la religión, todas tratando de maximizar el beneficio monetario, olvidándose del fin propio de cada una de esas actividades humanas.

---

[44] Benedicto XVI, *Caritas in veritate,* 71.
[45] Allí mismo, I, 9, 1258a 6-14.

Conclusión

La consideración de la economía como ciencia práctica pone las cosas en su lugar. La economía bajo este marco se ocupa de la elección de los fines acordes con una vida buena. La técnica le queda debidamente subordinada, limitada al fin del hombre. Por una parte, sólo el ejercicio de la razón teórica permite saber qué es la economía, que es la técnica y cuáles son sus competencias. Por otra parte, el ejercicio de la razón práctica permite la elección adecuada de los fines y un uso de los medios acordes con esos fines. La razón práctica, cuando alcanza la verdad práctica, marca el rumbo de la libertad que se transforma en una capacidad de ejercicio de la acción conducente al bien personal y común del hombre. Dice Benedicto XVI: «La actividad económica no puede resolver todos los problemas sociales ampliando sin más la *lógica mercantil.* Debe estar *ordenada a la consecución del bien común*, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política. Por tanto, se debe tener presente que separar la gestión económica, a la que correspondería únicamente producir riqueza, de la acción política, que tendría el papel de conseguir la justicia mediante la redistribución, es causa de graves desequilibrios. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma»[46]. Ésta es la nueva lógica necesaria para la economía.

[46] Benedicto XVI, *Caritas in veritate,* 36.